

Entre trauma y locura: una lectura paranoica del testimonio en *Insensatez*

Marileen La Haije
Radboud University, Nijmegen, The Netherlands

El protagonista de *Insensatez* de Horacio Castellanos Moya, cuyo nombre no conocemos, corrige un extenso informe sobre las masacres de pueblos indígenas perpetradas por el ejército guatemalteco en los años ochenta. Se trata de una clara referencia intertextual al informe del Proyecto Interdiocesano de Recuperación de la Memoria Histórica (REMHI), titulado *Guatemala: nunca más*. Efectivamente, gran parte de los fragmentos testimoniales que se incluyen en la novela de Castellanos Moya son citas literales del informe. Desde mi punto de vista, *Insensatez* invita a una lectura intertextual que tome en consideración las fuentes históricas (los testimonios del informe) sobre las que trabaja la novela; una lectura que, asimismo, reconozca el contraste entre la interpretación de los testimonios que realiza el personaje ficticio y la perspectiva que introducen los autores de *Guatemala: nunca más* como parte de los discursos de la memoria y los derechos humanos en Centroamérica, y Latinoamérica en general.

La mayoría de las citas testimoniales que se incluyen en *Insensatez* vienen del primer volumen del informe, titulado “Impactos de la violencia”, que discute las repercusiones psicosociales de la guerra en Guatemala. El protagonista de la novela, en tanto lector del informe, pone el foco de atención en los pasajes testimoniales que, dando cuenta del impacto psíquico de la violencia, apuntan a la conexión entre el trauma y la locura. Su lectura de los testimonios de los sobrevivientes de las masacres exhibe el carácter generalizado de la locura en Guatemala como consecuencia de los traumas de la guerra—una lectura que contrasta con el planteamiento de los autores de *Guatemala: nunca más* que, procurando no estigmatizar a las víctimas o patologizar sus traumas, evaden nociones relacionadas con la locura—. El narrador de la novela de Castellanos Moya termina participando de la locura generalizada sobre la que lee, en el sentido de que se vuelve paranoico. Empieza a interpretar los hechos que ocurren en su entorno en clave de persecución y conspiración políticas—interpretaciones de las que no siempre se aclara si son producto de la imaginación o no—.

La experiencia de locura del protagonista como lector del informe sobre las masacres ha sido abordada por varios críticos. Teresa Basile habla de la “progresiva sumersión del protagonista en la violencia experimentada por las víctimas, lo que le provoca una serie de trastornos y lo conduce a identificarse con ellas” (311). Matizando esta posición, Valeria Grinberg Pla dice que la lectura de los testimonios por parte del personaje no conduce a una “comprensión del fenómeno”, sino más bien a una “reproducción del hecho traumático que no permite su elaboración” (párr. 33). De acuerdo con este argumento, Grinberg Pla sostiene que la novela de Castellanos Moya “cuestiona la posibilidad de una identificación empática del intelectual con el

sobreviviente, tal y como la que le ha sido adjudicada a la relación testimoniante-autor en la literatura testimonial” (párr. 33). Desde una perspectiva similar, Misha Kokotovic señala que la lectura de los testimonios que realiza el protagonista de *Insensatez* “merely drives him to insanity. It does not move him to action or solidarity, as is the implicit if not explicit intent of most *testimonios*” (560, cursivas en el original). Ignacio Sánchez Prado, a su vez, observa que la locura del narrador “le impide acceder a la palabra”, concluyendo que “la memoria no es redentora” (85) en la novela de Castellanos Moya. Compartiendo esta visión, Vinodh Venkatesh interpreta al personaje paranoico como un caballo de Troya dentro del proyecto del informe que, dice él, “permits a critique of neocolonial political and ethical practices” (225). Partiendo de las ideas de Walter Mignolo sobre la “rhetoric of salvation” (20) en el discurso occidental de los derechos humanos, Venkatesh arguye que la novela “is critical of measures of giving voice and remembering that conform to Western notions of rights and ethics” (219).

Vemos entonces que se sugieren distintos nexos entre, por un lado, la experiencia de locura del narrador de *Insensatez* como lector del informe y, por el otro, la posibilidad de identificación empática o solidaridad con los testigos de las masacres. Mientras que Basile vincula la experiencia de locura del protagonista con la posibilidad de identificación con las víctimas, Grinberg Pla, Kokotovic y Sánchez Prado problematizan dicha posibilidad. Siguiendo este último argumento, constato que la novela de Castellanos Moya pone en cuestión la figura del intelectual que se hace solidario con el testigo, a la hora de introducir a un personaje paranoico como lector del testimonio (idea que elaboraré más adelante). Venkatesh, por su parte, muestra la relevancia de estudiar el relato de este personaje paranoico como parte del diálogo intertextual con los discursos de los derechos humanos y la memoria, especialmente el informe REMHI.

Tomando como base este diálogo intertextual, el presente trabajo explorará las implicaciones de la introducción de un personaje paranoico como lector del testimonio en *Insensatez*, partiendo de la idea de que esta figura ilumina un punto ciego de los discursos de la memoria y los derechos humanos en Centroamérica, y Latinoamérica en general: el vínculo estrecho entre el trauma y la locura. Examinaré primero la interpretación de los testimonios sobre las masacres que realizan los autores de *Guatemala: nunca más*, centrándome en el primer volumen del informe sobre las repercusiones psicosociales de la violencia. Esto servirá de base para la lectura intertextual de la novela de Castellanos Moya que presentaré a continuación.

Preocupaciones éticas y puntos ciegos en *Guatemala: nunca más*

En la introducción del primer volumen, los autores de *Guatemala: nunca más* reflexionan sobre el “valor del testimonio”, retomando las palabras de un testigo de las masacres que dice: “Ahora estoy contento porque este testimonio que di va a quedar como historia. Ya no tengo duda, ya quité todo el dolor por dar mi testimonio. Caso 3967, Caserío Pal, Quiché, 1981” (Oficina de Derechos Humanos XXXI).¹ A propósito de esta

¹ Los fragmentos de *Guatemala: nunca más* que se citan en este artículo vienen del primer volumen.

frase, observan que los “testimonios recogidos tienen el valor de esa palabra de las víctimas” (Oficina de Derechos Humanos XXXI). Su libro intentaría “reconstruir una multitud de complejas y distintas experiencias de las poblaciones afectadas por la guerra, a partir de las voces de la gente”, con la idea de que “se puede aprender de esta memoria colectiva, que reivindica la dignidad de las víctimas y las esperanzas de cambio de los sobrevivientes” (Oficina de Derechos Humanos XXXI). Me parecen sugerentes estas observaciones que ponen de manifiesto la centralidad de la figura de la víctima en el acercamiento a los testimonios que propone *Guatemala: nunca más*—característica general de los informes de la verdad en Latinoamérica (Dobles 192)—.

Cabe señalar que los autores del informe manejan una noción bastante amplia de la víctima que, además de los sobrevivientes de las masacres, incluye también a los “agresores afectados [...] por la represión” (Oficina de Derechos Humanos XX). Se refieren en este contexto a los casos de reclutamiento forzoso entre las comunidades afectadas por la represión militar, práctica común durante el conflicto guatemalteco. En efecto, estos casos complejizan una interpretación de la violencia en términos categóricos de víctimas y perpetradores.

Por otra parte, el informe destaca la necesidad de matizar la imagen del sobreviviente como víctima, constatando que tal victimización podría llevar a la “consideración de las personas y población afectadas como si fueran víctimas pasivas” (Oficina de Derechos Humanos 139). Este argumento forma parte de una discusión más amplia en los contextos de memoria latinoamericanos acerca de la revictimización de las personas afectadas por la violencia política. Carlos Martín Beristain, por ejemplo, destaca los riesgos de una “victimización secundaria” que supondría la “adquisición de una identidad de víctima como estigma” (23). Explica que esto puede ocurrir cuando la víctima se convierte en “portadora de una identidad centrada en el dolor o la marginación” (Martín Beristain 24). Contrarrestando este estigma, las víctimas de violencia política a menudo se identifican como sobrevivientes; estatuto que, dice Martín Beristain, enfatiza su “capacidad de resistencia y recuperación” (24). De un modo similar, Ignacio Dobles advierte que una “visión estática de lo que es ser victimizado, inmovilizando al sujeto en esa categoría, puede ser un impedimento serio para efectuar transformaciones que son necesarias” (300).

Evitando semejante visión estática de la víctima, los autores de *Guatemala: nunca más* reconocen las maneras en que las comunidades afectadas por la represión llegan a movilizarse, “desde la búsqueda de las personas capturadas o desaparecidas, hasta las actitudes de enfrentamiento directo al Ejército” (Oficina de Derechos Humanos 175). Desde esta perspectiva, señalan que “es importante que las formas de atención psicosocial a los sobrevivientes no supongan nuevas formas de victimización, estigma o discriminación” (Oficina de Derechos Humanos 295). Me parece pertinente esta reflexión que, por un lado, destaca la inviabilidad de formas de atención que reproduzcan la imagen de la víctima desprovista de agencia. Por otro lado, la cita pone de relieve una preocupación ética por no estigmatizar a los sobrevivientes de las masacres. Esta preocupación ética determina el modo en que los autores de *Guatemala: nunca más* interpretan los testimonios de los sobrevivientes; una interpretación que se caracteriza por un uso cauteloso del lenguaje, evitando términos que podrían llegar a estigmatizar a los testigos y patologizar sus traumas.

En relación con esto, me parece especialmente interesante la parte del informe que habla de los “problemas graves de salud mental” (Oficina de Derechos Humanos 49-

51). Los autores señalan que es muy reducido (1%) el número de casos en los que el impacto traumático ha tenido “severas secuelas” en los momentos siguientes a los hechos, como “problemas graves de salud mental” (Oficina de Derechos Humanos 2). Según este argumento, la locura sería un fenómeno raro entre las comunidades afectadas por la represión. En tales casos excepcionales, explican los autores del informe, los testimonios hacen referencia a “personas que sufren una alteración importante del sentido de la realidad, con síntomas de tipo psicótico” (Oficina de Derechos Humanos 50). Retoman en este contexto el testimonio de un sobreviviente de las masacres quien habla sobre su hermano que “*está loco de tanto miedo que ha recibido*” (Oficina de Derechos Humanos 51, cursivas en el original). Es significativo el contraste entre el relato del testigo que describe el estado psíquico de su hermano en términos de locura y los comentarios de los autores de *Guatemala: nunca más* que parecen eludir esta palabra, hablando más bien de “alteraciones” y “síntomas de tipo psicótico”.

Este tipo de descripciones cautelosas apuntan a una tendencia más general en los discursos de la memoria y los derechos humanos en Latinoamérica que pretenden evitar la patologización del daño psíquico sufrido por las víctimas. En efecto, rara vez se habla de las experiencias de las personas afectadas por la violencia política en términos de locura. Refiriéndose al contexto de la postdictadura argentina, Ludmila Da Silva Catela señala que la desconexión entre las nociones de la locura y la víctima tiene que ver con la idea de que “usar la noción de locura en relación a quienes padecieron directamente la situación límite al vivir en carne propia el terrorismo de Estado, pareciera que se convierte en un estigma más que en un proceso de comprensión sobre la complejidad de la propia noción de víctima” (3). Me parece pertinente este argumento que da cuenta de la persistencia del estigma de la locura en contextos de memoria como la Argentina donde, hace poco, los militares estigmatizaban a los disidentes como “locos”—cosa que también pasaba en Guatemala—.² En otras palabras, al calificar a una víctima del terrorismo de Estado como “loco” o “loca”, se reproduciría implícitamente el discurso de los represores. Dice Da Silva Catela que las experiencias de las víctimas suelen ser descritas en términos de trauma, dolor, angustia o efectos psicosociales (3)—palabras que se desvinculan del estigma de la locura—. En efecto, a diferencia de la locura que suele ser asociada con la desviación y lo “anormal”, el trauma refiere actualmente a una reacción socialmente aceptada ante un incidente de carácter traumático.

La noción del trauma psicosocial, introducida por Ignacio Martín-Baró, es central en los informes históricos que discuten el impacto traumático de la violencia política en Centroamérica. El psicólogo social salvadoreño introduce esta noción con el fin de remediar las limitaciones de la categoría clínica de PTSD (*post-traumatic stress disorder* o trastorno de estrés postraumático) que, centrada en el funcionamiento psíquico individual, desatendería las raíces sociopolíticas del trauma. Según él, hay que prestar atención a los problemas estructurales que generan y perpetúan situaciones traumáticas.

El informe de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH), titulado *Guatemala, memoria del silencio*, retoma las ideas de Martín-Baró para dar cuenta de las repercusiones psicosociales del terrorismo de Estado en Guatemala:

² Al igual que el dictador argentino Jorge Rafael Videla (1976–1981), el dictador guatemalteco Efraín Ríos Montt (1982–1983) patologizaba a los guerrilleros como enfermos mentales, construyendo en sus discursos la imagen del “subversivo loco”.

El Estado logró estructurar una esfera de relaciones que abarcaba en mayor o menor medida a toda la sociedad controlada por el proceso de terror. Recuperaba su capacidad de controlar y dominar a la sociedad, aniquilando la posibilidad y la voluntad de transformación en la población y creando una especie de trauma psicosocial. (19)

En el prólogo de este informe histórico, Edelberto Torres-Rivas identifica el miedo generalizado en Guatemala como uno de los efectos psicosociales de la guerra que persiste en el presente de la posguerra: “El daño está hecho: vivimos en una sociedad con miedo” (xxii). Según Torres-Rivas, el miedo no sólo afecta a las subjetividades individuales sino que también da lugar a lo que él llama una “corrupción de la sociabilidad” (xxv). Retomando las ideas de Judith Zur, sostiene que el miedo en Guatemala es una “condición crónica en la memoria social” (xvii).³

Compartiendo esta visión, los autores de *Guatemala: nunca más* estudian las repercusiones psicosociales de la violencia política en Guatemala, refiriéndose al “miedo generalizado” (Oficina de Derechos Humanos 175), la “desconfianza extrema” (Oficina de Derechos Humanos 13) y el “susto” (Oficina de Derechos Humanos 14), entre otros. En la cultura maya, explican los autores, el susto se identifica como una “enfermedad después de un hecho violento o en condiciones de vulnerabilidad de la persona” (Oficina de Derechos Humanos 14).⁴ Señalan que muchos de los testimonios recogidos recurren a esta noción para describir no sólo una “experiencia abrupta asociada a una amenaza”, sino también una “experiencia de tensión más permanente” (54). Es elocuente el siguiente fragmento testimonial:

No podría explicar un golpe tan duro, uno se siente mal, asustado [...]. Uno se siente mal, traumatado, se queda directamente plasmado en la mente de uno, nunca se va a borrar, sólo hasta la muerte. No son decires sino que yo lo vi cómo fue el asesinato de él. No encuentro otra palabra para decir el sentimiento que se siente. Se siente uno mal porque es enorme la situación. Caso 6009 (Testigo de asesinato), Jolomar, Huehuetenango, 1993. (Oficina de Derechos Humanos 46, cursivas en el original)

³ Desde una perspectiva similar, Linda Green destaca el miedo generalizado entre las comunidades afectadas por la represión en Guatemala: “rather than being solely a subjective experience, it has penetrated the social memory” (105). El miedo, que normalmente sería una reacción pasajera y singular, se vuelve una condición crónica en tales casos: “Routinization allows people to live in a chronic state of fear with a facade of normalcy at the same time that terror permeates and shreds the social fabric” (Green 108).

⁴ Advierten que en la cultura maya, donde no se hace una “separación mente-cuerpo”, la noción de enfermedad supone una “expresión más global que implica tanto lo físico como lo psicológico” (Oficina de Derechos Humanos 53). Las referencias a la enfermedad en los testimonios incluirían las “consecuencias de la vida en condiciones extremas y la exposición a graves riesgos para la salud, pero también el impacto a largo plazo de los hechos traumáticos y el mantenimiento de una tensión psicológica permanente” (Oficina de Derechos Humanos 53). En “Narrative Structures of Maya Mental Disorders”, Andrew Hatala et al. presentan una descripción más detallada de las conceptualizaciones de lo “mental” en la cultura maya, diciendo que “‘Q’eqchi’ healers often conceptualize the physiology of ‘mental’ disorders by including other aspects of the human person, for example, the heart, spirit, blood or body” (482). Explican que “‘Q’eqchi’ notions of ‘mental’ are broader than the physiological undercurrents of disorder found within biomedical and psychiatric categories” (Hatala et al. 482).

Vemos que el testigo utiliza las palabras “traumado” y “asustado” como equivalentes. En efecto, psicólogos y antropólogos como Benjamin Blakely Brooks, Andrew Hatala y George Rhoades destacan los parentescos entre las nociones del susto y el trauma.⁵ También es significativo el relato de un testigo, incluido en el informe, que combina nociones del miedo, el susto y la locura para describir las experiencias traumáticas de otras personas:

Por el miedo se enloqueció y sigue siendo loca hasta ahora, perdió la razón. Sus hijos huyeron de ella como se enloqueció, por el miedo se enloqueció la señora de una vez, por lo que le hicieron a su esposo y le dijeron que le iban a matar y hasta su familia. Entonces se asustó y se enloqueció de una vez. [...] Caso 3094, (Desaparición forzada del esposo), Rabinal, Baja Verapaz, 1981. (Oficina de Derechos Humanos 50-51, cursivas en el original)

Vemos que el testigo no distingue entre el susto (o trauma) y la locura. De hecho, se matiza la oposición entre las nociones del trauma y la locura en estos relatos testimoniales que identifican la locura como la consecuencia de situaciones traumáticas.

Otros testimonios que se incluyen en el informe dan cuenta de la persistencia del miedo generalizado en la actualidad y el modo en que este afecta el tejido social:

La vida que uno lleva da un cambio terrible y eso trae como consecuencia un montón de cosas, desintegración familiar, orfandad, psicosis nerviosa, porque olvidese se mantiene uno con una tensión todo el día, usted mira una persona extraña y ya piensa que lo están siguiendo, está uno con el temor aquel de que algo le va a pasar: Yo le decía a mi esposa ‘hay [sic] nos vemos’ y ella me decía ‘no te vayas a tardar mucho’. Llega unos 10 minutos tarde y ya es una tensión que se vive, por ese problema cambia mucho la gente y nos restringimos salidas y fiestas por el temor. Caso 0141, Quetzaltenango, 1994. (Oficina de Derechos Humanos 16, cursivas en el original)

⁵ En relación con esto, me parece relevante mencionar también la versión actualizada del *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders (DSM-5)*, publicado en 2013 que, en un apéndice titulado “Cultural concepts of distress”, da cuenta del nexo entre la noción maya del susto y la categoría clínica de PTSD. Este apéndice incluye una reflexión crítica acerca de la relación entre las categorías clínicas del *DSM* y otras expresiones culturales de daño psíquico: “The current formulation acknowledges that *all* forms of distress are locally shaped, including the DSM disorders” (American Psychiatric Association, “Cultural Concepts of Distress”, párr. 2, cursivas en el original). Los autores del *DSM-5* reconocen entonces que PTSD y otras categorías clínicas son nociones histórica y culturalmente determinadas. Subrayan, además, la importancia de “‘speaking the language of the patient’, both linguistically and in terms of his or her dominant concepts and metaphors” (American Psychiatric Association, “Cultural Concepts of Distress”, párr. 2). Esto mejoraría no sólo la interacción entre el paciente y el clínico, sino también la práctica diagnóstica y terapéutica. Me parecen sugerentes estas ideas que, por un lado, contrarrestan lo que Ethan Watters ha llamado la globalización de la “American psyche”, donde la categoría de PTSD se habría convertido en la lengua franca del sufrimiento humano (2). Por otro lado, la comparación entre la noción maya del susto y la categoría clínica de PTSD que proponen los autores del *DSM-5* se centra especialmente en los efectos individuales del daño sufrido, dejando de lado las repercusiones sociales— a diferencia de los autores de *Guatemala: nunca más* que, como expliqué, estudian las consecuencias de la violencia desde una perspectiva psicosocial—.

A propósito de este y otros testimonios que destacan el miedo generalizado entre las comunidades afectadas por la represión, los autores de *Guatemala: nunca más* constatan que en una “realidad convertida en amenaza, los límites entre lo real y lo imaginario se distorsionan brutalmente” (Oficina de Derechos Humanos 13). Me parece sugerente este argumento que reconoce el hecho de que el miedo generalizado en Guatemala conlleva una percepción alterada de la realidad que no sólo se limita a casos excepcionales de graves problemas de salud mental (este uno por ciento del que habla el informe). Curiosamente, los autores no hacen uso de la noción de la paranoia para describir este tipo de alteraciones psíquicas más comunes entre las comunidades afectadas por la represión—a diferencia de Ignacio Martín-Baró quien identifica las conductas lindantes con la paranoia de las víctimas de la guerra salvadoreña, incluyendo la hipervigilancia y la desconfianza extrema, como reacciones “realistas” y “normales” (en el sentido de esperables) ante situaciones de violencia generalizada (35)—.

De acuerdo con mi perspectiva, la evasión de la noción de la paranoia y otras palabras que se relacionan con el estigma de la locura por parte de los autores de *Guatemala: nunca más* responde al intento de no patologizar el daño psíquico sufrido por los sobrevivientes de las masacres. Esta preocupación ética genera entonces un punto ciego en el informe que no reconoce la conexión entre la locura y el trauma de la que dan cuenta los testigos. Iluminando este punto ciego, *Insensatez* nos enseña que hablar de locura en relación con las experiencias traumáticas de los sobrevivientes de las masacres no necesariamente lleva a una estigmatización de la víctima o una patologización de sus traumas. El análisis que sigue explorará este argumento.

No estar “completo de la mente”

“*Yo no estoy completo de la mente*” (Castellanos Moya 13, cursivas en el original).⁶ Durante su primer día de trabajo como corrector de estilo del informe sobre las masacres en Guatemala, el protagonista de *Insensatez* lee impactado las palabras de un hombre kaqchiquel que presenció el asesinato brutal de su familia por el ejército guatemalteco; impactado no sólo por “el grado de perturbación mental en el que había sido hundido ese indígena”, sino también por el hecho de que “fuera consciente del quebrantamiento de su aparato psíquico” (Castellanos Moya 13). Se trata de una cita literal del apartado de *Guatemala: nunca más* donde los autores discuten los problemas graves de salud mental. A diferencia de los demás testimonios incluidos en esta parte del informe que describen los problemas de salud mental de otras personas (“*y tenía un hermano que no tenía bien la mente*”, “*ese mi hermano ya está loco de tanto miedo que ha recibido*”, “*por el miedo se enloqueció y sigue siendo loca hasta ahora*”), el hombre kaqchiquel intenta dar cuenta del daño psíquico que ha sufrido él mismo:

⁶ Al igual que en *Guatemala: nunca más*, los fragmentos testimoniales que se citan en *Insensatez* se ponen en cursiva.

Hasta la fecha no me siento bien, siento que estoy enfermo, ya no tengo pensamiento completo, a veces se me van los pensamientos. Yo no estoy completo de la mente. Así me dijeron las gentes donde estamos ahorita, ellos quisieron darme un trabajo, pero no puedo responsabilizarme porque no estoy bien, estoy enfermo de la mente. No sé qué es lo que nos han hecho, lo que nos ha pasado y todo el sufrimiento que hemos padecido del lugar que hemos venido. Caso 5106 (Asesinato y desaparición forzada), Panzós, Alta Verapaz, 1980. (Oficina de Derechos Humanos 50, cursivas en el original)

Como expliqué antes, en este y otros pasajes testimoniales que describen el daño psíquico sufrido por los sobrevivientes, la locura se identifica como consecuencia de hechos traumáticos.

Más adelante, el protagonista de *Insensatez* vuelve a referirse a la frase del hombre kaqchiquel a la hora de constatar que esta “resumía de la manera más compacta el estado mental en que se encontraban las decenas de miles de personas que habían padecido experiencias similares a la relatada por el indígena cachiquel” (Castellanos Moya 14).⁷ Vemos entonces que el personaje hace generalizaciones sobre la perturbación psíquica de los sobrevivientes de las masacres a partir de un caso individual—a diferencia de los autores del informe *Guatemala: nunca más* que, como expliqué antes, destacan el carácter excepcional (1%) de los casos en los que la violencia habría resultado en graves problemas de salud mental—. El narrador no pretende patologizar el daño psíquico que han sufrido las víctimas de la represión, sino enfatizar el carácter generalizado de la locura en tanto reacción “normal” o esperable ante circunstancias de violencia extrema. Como lector del informe, el protagonista de *Insensatez* pone el foco de atención en este y otros testimonios que, dando cuenta de las repercusiones psíquicas de las masacres, sugieren un nexo entre el trauma y la locura.⁸

Según el narrador, la frase del hombre kaqchiquel también resumiría el “estado mental de los miles de soldados y paramilitares que habían destazado con el

⁷ La edición de *Insensatez* que he consultado para este trabajo (Tusquets Editores Argentina, 2008) utiliza la versión ortográfica del término que se considera más castellanizada (“cachiquel”), a diferencia de la primera edición (Tusquets Editores México, 2004) que introduce una variante que se acerca más a la lengua original (“kaqchiquel”).

⁸ Es elocuente también el pasaje donde el narrador conversa con el psiquiatra vasco de nombre Joseba, redactor de la primera parte del informe. Lee en voz alta algunos de los fragmentos testimoniales que incluyen nociones del susto, el trauma y la locura:

Frases como Entonces se asustó y enloqueció de una vez o Ése es mi hermano, ya está loco de tanto miedo que ha recibido; su mujer murió del susto también o No son decires sino que yo lo vi cómo fue el asesinato de él, o ésta que tanto me impresionaba y que decía: Porque yo no quiero que me maten la gente delante de mí, frases que evidenciaban el grado de perturbación mental de los sobrevivientes. (Castellanos Moya 82, cursivas en el original).

Las primeras dos frases son citas literales de *Guatemala: nunca más* que se incluyen en el apartado dedicado a los problemas graves de salud mental. La tercera frase forma parte del testimonio de un sobreviviente (al que me referí en la introducción de este trabajo) que utiliza las palabras “traumado” y “asustado” como equivalentes para describir el daño sufrido (Oficina de Derechos Humanos 46). La cuarta frase viene del apartado del informe que habla de las “personas más afectadas” (Oficina de Derechos Humanos 46-48) e incluye testimonios de los sobrevivientes que han sido testigo directo de las atrocidades (46).

mayor placer a sus mal llamados compatriotas”, reconociendo que “no es lo mismo estar incompleto de la mente por haber sufrido el descuartizamiento de los propios hijos que por haber descuartizado hijos ajenos” (Castellanos Moya 14). Este comentario alude a la idea de que los militares “estaban locos”,⁹ De acuerdo con la perspectiva de Ludmila Da Silva Catela, el uso de la noción de la locura serviría no sólo para “alejar a estos seres criminosos de la comunidad de pertenencia o sea del *nosotros*” sino también para “tranquilizar las maneras en las que resolvemos el pasado en el presente” (3, cursivas en el original). Los autores de *Guatemala: nunca más* problematizan este tipo de explicaciones tranquilizadoras de la violencia extrema, descartando la idea de que las masacres en Guatemala serían el producto de la locura de los represores. Desoyendo este argumento, el protagonista de *Insensatez* construye la imagen del militar como perpetrador sádico y psicópata que mata “con el mayor placer” (Castellanos Moya 14). Al mismo tiempo, sugiere la posibilidad de la locura como consecuencia de las acciones atroces de los perpetradores (y no su origen). De hecho, dice que los militares y paramilitares deberían de estar “incompletos de la mente” por haber cometido actos de violencia extrema. Esta observación, por el contrario, sí concuerda con el argumento de los autores de *Guatemala, memoria del silencio* que sostienen que las “atrocidades constituyeron un desquiciamiento que degradó moralmente a los victimarios” (53).

Después de haber hecho generalizaciones sobre el estado psíquico de los sobrevivientes de las masacres en Guatemala a partir del caso concreto del hombre kaqchiquel, el narrador de *Insensatez* extrapola la idea de “no estar completo de la mente” a los perpetradores de las masacres para, al final, llegar a la “contundente conclusión de que era la totalidad de los habitantes de este país que no estaba completa de la mente” (Castellanos Moya 14). A diferencia de los autores de *Guatemala: nunca más* que abordan de un modo cauteloso los efectos psicosociales de las masacres en Guatemala, el narrador de *Insensatez* interpreta los hechos documentados en el informe en términos hiperbólicos.

Para explicar este argumento, me parece relevante hacer referencia a la obra de Quintilianus quien, en su *Institutio oratoria*, matiza la idea corriente de la hipérbole (del griego *υπερβολή*, que literalmente significa “tirar más allá”) como exageración o tergiversación de la realidad. Según el retórico romano, la hipérbole es una virtud cuando la magnitud de los hechos sobrepasa las palabras (345). En tales casos, la hipérbole no implicaría una exageración de la realidad, un engaño o una mentira, sino un acercamiento a hechos “anormales” que exceden una representación realista (Quintilianus 345). Siguiendo este planteamiento, arguyo que el uso de la

⁹ Es ilustrativa la teoría del “nazi loco” según la cual las atrocidades cometidas durante la segunda guerra mundial serían el resultado de la mente enferma de los nazis (Waller 58). Según el historiador Dick de Mildt, esta teoría responde a una estrategia de distanciamiento con respecto a los perpetradores de crímenes de guerra: “By converting the criminal actors of the story into demon-like lunatics, we distance ourselves from them in a radical fashion, assuming them to belong to a different species which only remotely resembles us in physiognomy” (14). Estudios psicológicos, históricos y antropológicos han apuntado a la necesidad de complejizar el perfil del perpetrador, poniendo en cuestión la imagen simplista del nazi loco. Sin embargo, variantes de esta teoría vuelven a aparecer en otros contextos de memoria, incluyendo Latinoamérica.

hipérbole por parte del narrador de *Insensatez* no da lugar a una versión exagerada de los efectos traumáticos de las masacres o el número de afectados. Por el contrario, las experiencias traumáticas de las que dan cuenta los testimonios son captadas a cabalidad a través de la hipóbole, en tanto figura de estilo que no responde a una noción referencial de la verdad. La hipóbole permite visibilizar el carácter generalizado y desbordante de la locura como consecuencia de los traumas de la guerra en Guatemala.

Poco después, el narrador se incluye a sí mismo dentro de este retrato hiperbólico de locura generalizada, llegando a una conclusión que le parece “aún peor, más perturbadora” (Castellanos Moya 14):

sólo alguien fuera de sus cabales podía estar dispuesto a trasladarse a un país ajeno cuya población estaba incompleta de la mente para realizar una labor que consistía precisamente en editar un extenso informe de mil cien cuartillas en el que se documentaban las centenares de masacres, evidencia de la perturbación generalizada. (14-15)

Constata, más adelante, que “haber aceptado editar ese informe en tan solo tres meses evidenciaba que mi problema no era estar incompleto de la mente, sino totalmente desquiciado” (Castellanos Moya 17). En estos fragmentos, el uso hiperbólico del lenguaje por parte del narrador ya no se relaciona con los sujetos afectados directamente por las masacres, sino que se dirige hacia su propio rol como lector del informe.

El personaje paranoico como lector del testimonio

A propósito de su análisis de *Insensatez*, Sánchez Prado sostiene que la novela de Castellanos Moya nos presenta a un “intelectual epistemológicamente incapaz del acto de solidaridad” requerido por el género testimonial (81). Compartiendo esta visión, creo que el texto pone en tela de juicio la imagen del intelectual que busca solidarizarse con el testigo, a la hora de introducir a un personaje paranoico como lector del testimonio. En efecto, los paranoicos suelen mostrar un alto grado de egocentrismo, interpretando todo lo que sucede a sus alrededores como si tuviera que ver con ellos mismos (Goleman párr. 3). Según el psicólogo estadounidense Anthony Greenwald, cada persona interpreta su vida “through a self-centered filter”, lo que él llama la “egocentricity bias” (cit. en Goleman párr. 3). Señala que, funcionando a niveles extremos, este filtro podría constituir un síntoma de la paranoia. Esto parece suceder con el protagonista de *Insensatez* quien a menudo lee los testimonios a través de un filtro altamente egocéntrico. A lo largo de la historia, el personaje va interpretando los hechos que ocurren en su entorno en términos de conspiración y persecución políticas, haciendo referencia a los fragmentos testimoniales del informe en función de sus pensamientos paranoicos.

Un ejemplo ilustrativo se presenta en el octavo capítulo que describe la “creciente vorágine de paranoia” del protagonista al haberse enterado de que el novio de Fátima, una cooperante española con la que acaba de tener sexo, es un militar uruguayo

que trabaja en la misión de las Naciones Unidas,¹⁰ apodado Jota Ce, con el que ella comparte todo, incluyendo los “encuentros paralelos” (Castellanos Moya 100). A partir de ahí, el protagonista se imagina cómo “los sabuesos de la inteligencia militar, enterados ya de mi ‘encuentro paralelo’ con la chica de Jota Ce, me liquidarían y convertirían mi muerte en un crimen pasional” (Castellanos Moya 102). Se trataría de un “magnífico golpe a tres bandas que les permitiría cimbrar simultáneamente a los curas del Arzobispado, a los observadores militares de las Naciones Unidas y a los cooperantes españoles, todos de una y otra forma empecinados en fastidiar al ejército” (Castellanos Moya 102). Con la intención de distraerse, el protagonista abre su libreta personal que incluye fragmentos testimoniales del informe que le han impresionado durante su lectura, y lee la siguiente frase: “*Si yo me muero, no sé quién me va a enterrar*” (Castellanos Moya 104, cursivas en el original). Habiendo explicado que se trata del testimonio de un anciano quiché que perdió a sus hijos, nietos y otros familiares por la represión, el protagonista constata que “yo tampoco tenía quien me enterrara en caso de que el tal Jota Ce o los especialistas de la mal llamada inteligencia militar decidieran eliminarme, nadie se haría cargo de mis restos si algo me sucedía, pensé con tristeza” (Castellanos Moya 104). Encontrándose en un “estado de autoconmiseración”, “a punto de la depresión” y “con los ojos acuosos” (Castellanos Moya 104-05), el protagonista dice que se siente “casi tan solo y abandonado” como el anciano quiché (105)—aunque reconoce que está exento del sufrimiento que debería de experimentar el sobreviviente—.

La cuestión étnica es central en este y otros fragmentos de la novela donde el protagonista (intelectual mestizo) se apropia de la voz del otro (sobreviviente indígena). Dice Grinberg Pla que la novela de Castellanos Moya “presenta en primera línea las experiencias de un intelectual mestizo con las representaciones simbólicas de los sobrevivientes, y no intenta representar directamente la experiencia de los mismos” (párr. 40). Constata que el texto no funciona como “lugar de la memoria” de los sobrevivientes indígenas, sino de la intelectualidad mestiza (Grinberg Pla párr. 36). Me parecen pertinentes las preguntas que plantea Grinberg Pla sobre lo “éticamente inadmisibles” o “fraudulentos” de la apropiación de la memoria de los sobrevivientes indígenas por parte del protagonista de la novela (párr. 34). Según ella, *Insensatez* “muestra explícitamente hasta qué punto es incompleta la memoria del genocidio (o mejor dicho su apropiación) por parte de la intelectualidad mestiza” (Grinberg Pla párr. 40). Asimismo, dice ella, pone en cuestión la posibilidad de una identificación empática por parte de los intelectuales que participan en el proyecto del informe sobre las masacres en Guatemala por motivos políticos o humanitarios.¹¹

¹⁰ La novela alude acá a la Misión de Verificación de las Naciones Unidas en Guatemala (Minugua), creada en 1997 con el fin de supervisar el cumplimiento del Acuerdo sobre el Definitivo Cese al Fuego, firmado el 4 de diciembre de 1996.

¹¹ En relación con esto, me parece relevante añadir que la mayoría de los personajes involucrados en el proyecto a los que la novela pasa revista son extranjeros, al igual que el protagonista —aludiendo al carácter multinacional del equipo técnico del que contaba el Proyecto Interdiocesano de Recuperación de la Memoria Histórica. Según Venkatesh, estos personajes “exhibit the ethical problematic of rights in relation to the human, as there is a clear case of an ‘over there’ regimented by an ‘over here,’ as they come from and/or are impacted by different Western (Spain, Germany, the United States) and Westernized (Argentina) regions dictated by the canonized processes of memory and rights” (224).

Siguiendo las observaciones de Grinberg Pla, argumento que *Insensatez* problematiza la posibilidad de identificación empática o solidaridad con los sobrevivientes indígenas, dando la palabra a un intelectual mestizo que lee sus testimonios a través de un filtro paranoico, altamente egocéntrico. La falta de ética que supone esta lectura paranoica del testimonio residiría en el hecho de que desatiende la diferencia entre las experiencias traumáticas de los sobrevivientes y el terror que experimenta el protagonista, a veces como producto de la imaginación. En vez de hacerse solidario con el testigo o identificarse empáticamente con él, vemos que el lector paranoico dirige la atención hacia sí mismo como víctima de una conspiración política.

El fragmento antes mencionado y otros pasajes de *Insensatez* que describen cómo el narrador se apropia de los testimonios de los sobrevivientes de las masacres en función de sus ideas paranoicas ponen en evidencia el problema de la victimización vicaria. Refiriéndose al testigo secundario de hechos traumáticos, Dominick LaCapra advierte que “a difficulty arises when the virtual experience involved in empathy gives way to vicarious victimhood, and empathy with the victim seems to become an identity” (*Writing History, Writing Trauma* 47). A partir de una identificación acrítica con el sujeto testimonial, dice el historiador estadounidense, el testigo secundario se apropia de la “victim’s voice of suffering” (LaCapra, *History in Transit* 135). Vemos que la lectura del testimonio que realiza el protagonista de *Insensatez* a menudo implica tal experiencia vicaria. Este se apropia de la voz del testigo de hechos traumáticos con el fin de expresar sus experiencias como víctima de un terror que posiblemente sea imaginado. La novela de Castellanos Moya exhibe el proceso por el cual este personaje vive vicariamente la experiencia de la víctima, apuntando a las complicaciones éticas que conlleva.¹²

Como contrapunto de los fragmentos que evidencian la victimización vicaria, *Insensatez* incluye pasajes donde el narrador se imagina en el lugar del perpetrador de crímenes de lesa humanidad. Esto ocurre, por ejemplo, cuando lee un testimonio que describe cómo un general del ejército guatemalteco agarra a un bebé por los tobillos y lanza su cabeza contra el horcón de la choza de los indígenas. Dice el protagonista que esta imagen de violencia extrema que se repite en varias partes del informe “poco a poco me fue penetrando hasta poseerme por completo cuando me ponía de pie” (Castellanos Moya 137). Empieza a pasarse como “poseído” por la habitación, transformándose en el teniente a cargo del

¹² Mi análisis busca matizar acá las observaciones de Kokotovic y Nanci Buiza acerca del ethos del testimonio que, según ellos, destaca la novela de Castellanos Moya. Kokotovic sostiene que *Insensatez* pone de relieve el potencial transformador del acto de leer tales relatos, diciendo que “the poetic quality of the initial testimonial quotes is the lure that draws the narrator, and with him the reader, into an engagement with horrific realities that they might otherwise have resisted” (559). Desde una perspectiva similar, Buiza señala que la novela “reveals that *testimonio* contains at its very core a poetics of affect, which I understand to be a text’s expressive quality or force that at once bears the presence of the testimonial subject’s traumatic experience and penetrates deeply into the receptor, triggering an empathetic identification with the trauma victim” (152, cursivas en el original). De acuerdo con mi lectura, *Insensatez* da cuenta de los posibles riesgos y complicaciones éticas de tal experiencia transformadora, donde el lector del testimonio termina apropiándose de la voz de la víctima.

pelotón destacado para la masacre que entra en la “choza de esos indios de mierda que sólo entenderían el infierno que les esperaba cuando vieran girar por los aires al bebé que yo mantendría tomado de los tobillos para reventar su cabeza de carne tierna contra los horcones de madera” (Castellanos Moya 138). Vemos que el protagonista adopta temporalmente la perspectiva del perpetrador, calificando a las víctimas indígenas como “indios de mierda”.

Según mi lectura, este y otros pasajes de *Insensatez* que muestran el proceso por el cual el protagonista vive vicariamente la experiencia del perpetrador nos hacen reflexionar críticamente sobre la tendencia que tenemos los lectores a ponernos del lado de las víctimas. En relación con esto, son pertinentes las ideas de Stef Craps, et al. quienes destacan los riesgos de una “sobreidentificación” con la figura de la víctima en los *trauma studies* (916). Si siempre y sólo nos identificamos con dicha figura, dicen Craps et al., negamos nuestra propia complicidad en las historias de violencia (916). Siguiendo estas observaciones, argumento que la novela de Castellanos Moya nos pone a los lectores en el lugar incómodo del sujeto implicado donde ya no es posible ponernos del lado de los ‘buenos’ de la historia o distanciamos del escenario como un *bystander* desinteresado.¹³ Al igual que el lector ficticio de *Insensatez*, los lectores nos sumergimos en los hechos violentos que se narran en los testimonios sobre las masacres, del mismo modo en que nos sumergimos en el imaginario de amenaza que, aludiendo a la posguerra guatemalteca, va construyendo la novela. Explicaré esta última idea en el siguiente apartado.

Desbordes de la paranoia: entre guerra y posguerra, testigo y lector

A primera vista, la imagen del lector paranoico que construye *Insensatez* parece acercarse al perfil de un narrador no fidedigno que sobreinterpreta los hechos. En efecto, la novela describe varios casos de *overreading*; característico, según Lars Bernaerts, del relato ficcional de un narrador paranoico que, dice él, tiende a desarrollar interpretaciones desmedidas que son alimentadas por sus ideas delirantes (209). Es ilustrativo el fragmento en el que el protagonista de la novela de Castellanos Moya interpreta a través de su filtro paranoico una columna de Polo Rosas que sugeriría que “yo era un soplón” (60); lo cual, dice él, “hubiera sido apenas un chisme intrascendente de no haberme encontrado realizando en ese momento un delicado trabajo en el que se demostraba y documentaba el genocidio perpetrado por el ejército de ese país contra la población indígena desarmada” (60-61), para terminar constatando que “ése era un mensaje clarísimo del Estado Mayor Presidencial para decirme que ellos sabían que yo estaba en esa ciudad metido en lo que estaba metido” (61). Es contundente el comentario

¹³ Michael Rothberg introduce la noción del sujeto implicado con el fin de remediar las limitaciones del imaginario de la víctima *versus* el victimario que, dice él, “tiende a polarizar y purificar la relación entre víctimas y victimarios” (“Teoría del trauma” 46). Advierte que las situaciones de violencia política pocas veces permiten “distinciones claras entre víctimas traumatizadas y victimarios traumatizantes” (“Teoría del trauma” 46), reconociendo las implicancias complejas de sujetos en tales contextos. De acuerdo con esta perspectiva, Rothberg problematiza la idea del *bystander* en tanto personaje desvinculado del escenario de violencia, desinteresado o indiferente (*The Implicated Subject* 33).

de Toto quien descalifica las sospechas de su amigo salvadoreño, diciéndole: “Déjate de culeradas, cuando los chafas te quieran enviar un mensaje, mínimo te van a pegar un trabón” (Castellanos Moya 64).

El humor ocupa un lugar central en este y otros fragmentos de la novela que describen casos de *overreading* del personaje paranoico. Como señala Basile, la paranoia del protagonista de *Insensatez* “enhebra un humor anclado en el ‘equivoco’ (en tanto parte constitutiva de la paranoia misma que interpreta aquello que no es) y desata una ‘comedia de las equivocaciones’” (319). Efectivamente, muchas de las situaciones cómicas en la novela derivan de las interpretaciones equivocadas del protagonista que son producto de la imaginación. El décimo capítulo, por ejemplo, narra una escena donde el protagonista cree ser perseguido por Jota Ce en el cumpleaños de Johnny Silverman (antropólogo forense de los Estados Unidos que trabaja en las exhumaciones de fosas comunes). Incluyendo expresiones como “estar cayendo en un precipicio oscuro y sin fondo” (Castellanos Moya 125), “con las tripas hechas un nudo de miedo” (125), “paralizado, con la mente en blanco” (125), “urgencia imperiosa” (126) y “comencé a pasearme desesperado, cual rata arrinconada” (126), el narrador presenta una descripción gráfica del terror que sentía a la hora de escaparse de su perseguidor—que, al final, resulta ser imaginado—. Escondido detrás de una maceta, el personaje empieza a percibir una presencia a su espalda, “tan endemoniadamente cerca que percibí su respiración en mi nuca” (Castellanos Moya 129). Poco después, descubre que no se trata de Jota Ce sino de un “mastín mocetón, simpático” (Castellanos Moya 129).

Según mi lectura de *Insensatez*, la ridiculización del personaje paranoico que se produce a partir de estos casos de *overreading* no implica una desvalorización de los testimonios de los sobrevivientes de las masacres, cuyas palabras nunca son puestas en ridículo. Más bien, se dirige a la figura del intelectual que, por motivos humanitarios o políticos, pretende solidarizarse con los testigos de hechos traumáticos. Al reírse de tal personaje, la novela de Castellanos Moya pone en cuestión la imagen del lector del testimonio que cree en su propia importancia como intelectual comprometido—cuestionamiento que ya ha sido señalado por Sánchez Prado (82)—.

Cabe señalar que esta ridiculización del personaje paranoico no sirve para desacreditar la sensación de terror de la que da cuenta su relato. De hecho, *Insensatez* no descalifica, sin más, las sospechas del protagonista como interpretaciones exageradas que dan lugar a una tergiversación de los hechos. Es elocuente la escena final de la novela donde el personaje, ya estando en un país extranjero de habla alemana adonde decidió huir, recibe un correo electrónico de Toto que dice: “Ayer a mediodía monseñor presentó el informe en la catedral con bombo y platillo; en la noche lo asesinaron en la casa parroquial, le destruyeron la cabeza con un ladrillo. Todo el mundo está cagado. Da gracias que te fuiste” (Castellanos Moya 155). Se trata de una referencia explícita al asesinato del arzobispo guatemalteco Juan Gerardi, director del Proyecto Interdiocesano de Recuperación de la Memoria Histórica, en abril de 1998—acontecimiento al que refiere también *Ningún lugar sagrado* del autor guatemalteco Rodrigo Rey Rosa, escrito sólo un mes después del asesinato de Gerardi—. Efectivamente, no parece casual que los dos textos literarios incluyan referencias a este hecho histórico que demuestra la presencia de lo que el protagonista del cuento de Rey Rosa ha llamado las “fuerzas vivas y más o menos ocultas del país, que todos saben que son capaces de cualquier cosa” (74). Desde el ámbito de la ficción, las narrativas de Rey Rosa y Castellanos Moya dan cuenta de la realidad amenazante de la posguerra guatemalteca que dispara la paranoia.

Siguiendo este argumento, constato que *Insensatez* va matizando la oposición entre los testigos de hechos traumáticos y el lector ficticio que se apropia de sus relatos, apuntando a la conexión entre los accesos paranoicos del personaje y las conductas lindantes con la paranoia que describen los testimonios. En relación con esto, es sugerente el pasaje donde el narrador conversa con Joseba, redactor del primer volumen del informe que se dedica a las repercusiones psicosociales de las masacres. Leyendo en voz alta algunas frases de los testigos, el protagonista de la novela observa que estas evidencian no sólo el “grado de perturbación mental de los sobrevivientes”, sino también el “peligro de que tal estado influyera en quienes trabajaban con ellos” (Castellanos Moya 82).¹⁴ Vemos entonces que el personaje reconoce el impacto psíquico que implica el hecho de trabajar con testimonios que describen experiencias traumáticas. De hecho, su amigo Toto ya le ha advertido que “convivir con esos textos las veinticuatro horas del día podría ser fatal para una personalidad compulsiva como la mía, dispararía mi paranoia a niveles enfermizos” (Castellanos Moya 31)—cosa que, como vimos, termina sucediendo—. Y, al final de la novela, su primo Quique (con el que se queda en el país extranjero de habla alemana) le dice que debería haber incluido en su “contrato con los curas” el costo de un tratamiento para aliviarse de la “agresión psíquica y emocional a la que había estado sometido mientras corregía una y otra vez el informe de marras” (Castellanos Moya 149). El protagonista admite que tiene razón su primo, constatando que “pese a encontrarme del otro lado del mundo, un morboso estado de tristeza me impedía disfrutar la tranquilidad del entorno, y a la menor provocación por parte del primo Quique yo hacía referencia al texto corregido y a la experiencia padecida semanas atrás” (Castellanos Moya 149).

A partir de estas observaciones, *Insensatez* nos invita a interpretar la paranoia del protagonista como consecuencia de la “agresión psíquica y emocional” (Castellanos Moya 149) que supone su trabajo como corrector del informe. La novela pone en evidencia el proceso por el cual el lector del testimonio participa de la desconfianza extrema y el miedo generalizado de los testigos; participación que se traduce en ataques de paranoia. De este modo, el texto no sólo pone de manifiesto el carácter generalizado de la paranoia como producto de los traumas de la guerra, sino que destaca también sus desbordes en la posguerra.

Para explicar este argumento, es relevante volver sobre el fragmento que describe las ideas persecutorias del protagonista en el cumpleaños de Johnny Silverman. Leemos la parte donde el protagonista, en su huida para escaparse del perseguidor imaginado, acaba de descubrir una reunión secreta entre su amigo Erick (representante del Arzobispado), Johnny Silverman y “otro sujeto que desde todo punto de vista parecía un militar” (Castellanos Moya 128); una reunión que sugiere la complicidad entre los partícipes del informe y los militares. “Horrorizado” por el hecho de ser “testigo de una conspiración que me podría costar la vida” (Castellanos Moya 128) y por la presencia detrás suyo (que luego resulta ser un perro), se le viene a la

¹⁴ Resuenan en esta observación las palabras de los autores de *Guatemala: nunca más* cuando señalan que “las memorias de los hechos traumáticos evocan emociones intensas no sólo en quienes los [sic] dan, sino también en muchos de los que las reciben, por lo que es necesario tener en cuenta un tiempo posterior de apoyo o acompañamiento” (Oficina de Derechos Humanos XXVIII).

mente un testimonio que dice “*hay momentos en que tengo ese miedo y hasta me pongo a gritar*” (129, cursivas en el original): “que era exactamente lo único que yo quería hacer en ese instante y lo último que podía hacer, del miedo ponerme a gritar” (129). La frase que el protagonista retoma forma parte del testimonio de un hombre de Chajul que fue torturado por el ejército guatemalteco en los años setenta. En su relato (que se cita más extensamente en *Guatemala: nunca más*), el testigo utiliza la noción del susto para referirse a un estado de tensión que perdura después de los hechos traumáticos: “*ahora estoy muy enfermo porque ya no puedo estar tranquilo, siempre grito en la noche, siempre me asusto*” (Castellanos Moya 53, cursivas en el original).

La manera en que el protagonista de *Insensatez* se apropia acá de la frase testimonial no se puede explicar, sin más, a partir de la idea del filtro altamente egocéntrico de la paranoia. Asimismo, este pasaje complejiza una interpretación del relato del personaje paranoico en términos de *overreading*. A diferencia de las ideas persecutorias del protagonista que, como vimos, son producto de la imaginación, el texto carece de claves unívocas para calificar sus ideas sobre la reunión secreta como acertadas o delirantes. La novela de Castellanos Moya se acerca acá a lo que Ricardo Piglia ha llamado una ficción paranoica. Según Piglia, “la literatura se ha hecho cargo cada vez más del desarrollo del imaginario de la amenaza de la vida cotidiana puesta en peligro” (“La ficción paranoica” párr. 34), dando lugar a un nuevo género policial: la ficción paranoica. En *Blanco nocturno*, Piglia retoma sus reflexiones sobre la ficción paranoica, dando la palabra a un personaje de la novela, Renzi:

Habría que inventar un nuevo género policial, *la ficción paranoica*. Todos son sospechosos, todos se sienten perseguidos. El criminal ya no es un individuo, sino una gavilla que tiene el poder absoluto. Nadie comprende lo que está pasando; las pistas y los testimonios son contradictorios y mantienen las sospechas en el aire, como si cambiaran con cada interpretación. La víctima es el protagonista y el centro de la intriga; no ya el detective a sueldo o el asesino por contrato. (284, cursivas en el original)

Reconociendo que este tipo de discursos ficcionales tienen un estatuto diferente a las teorizaciones de Piglia en su ensayo antes citado, creo que el pasaje de *Blanco nocturno* permite identificar algunas características clave de la ficción paranoica. Primero, Renzi destaca la ambigüedad como rasgo de la ficción paranoica (“las pistas y los testimonios son contradictorios y mantienen las sospechas en el aire”). Es decir, tales narrativas carecen de pistas o claves para determinar el estatuto (verídico o delirante) de las ideas persecutorias de sus personajes. Además, al decir que “el criminal ya no es un individuo, sino una gavilla que tiene el poder absoluto”, el personaje de *Blanco nocturno* invita a una lectura de la ficción paranoica que tome en consideración el contexto histórico de violencia política.

Siguiendo este planteamiento, arguyo que la paranoia del narrador de *Insensatez* contribuye a la ambigüedad del texto que, sin desacreditar (ni confirmar) sus ideas de conspiración, construye un imaginario de amenaza donde las sospechas se mantienen en el aire. Según mi lectura, la novela de Castellanos Moya no pretende patologizar al personaje paranoico (ni a los testigos cuyos relatos lee). Por el contrario, la paranoia se representa en *Insensatez* como una reacción ‘normal’ o esperable ante la violencia generalizada que persiste en la posguerra guatemalteca.

Este imaginario de amenaza da lugar a lecturas paranoicas que desbordan el texto literario, implicando no sólo al lector ficticio del testimonio que construye

Insensatez, sino también a los que leemos su relato. Al igual que otras narrativas centroamericanas que introducen relatos ambiguos de personajes paranoicos en escenarios de guerra y posguerra (incluyendo “Ningún lugar sagrado”), la novela de Castellanos Moya dispara una lectura sumamente suspicaz. Esto ocurre, por ejemplo, en el pasaje antes citado que describe la reunión secreta entre los partícipes del informe y un oficial militar, o en la escena final de la novela donde el narrador recibe la noticia del asesinato del monseñor. De hecho, esta noticia nos hace reinterpretar las ideas persecutorias del personaje en Guatemala, algunas de las cuales podrían haber sido ciertas. Con una desconfianza particular que linda con la paranoia, nos sumergimos en una realidad amenazante donde “todos son sospechosos, todos se sienten perseguidos” (Piglia, *Blanco nocturno* 284).

A modo de conclusión

Desde el ámbito de la ficción, *Insensatez* introduce un acercamiento inédito al testimonio que, a diferencia de los discursos de la memoria y los derechos humanos, describe las experiencias traumáticas de los sobrevivientes de las masacres en Guatemala en términos de locura. Efectivamente, es evidente el contraste entre el lenguaje cauteloso con el que los autores de *Guatemala: nunca más* abordan los efectos psicosociales de la guerra y las expresiones hiperbólicas a las que recurre el narrador de la novela para hablar de la “perturbación generalizada” (Castellanos Moya 15) en el país. Lejos de tergiversar los hechos traumáticos o estigmatizar a los afectados, el protagonista de Castellanos Moya capta la dimensión desbordante y enajenante de la realidad violenta que se ha vivido, y sigue viviendo, en Guatemala. La novela construye una realidad amenazante que, aludiendo a la posguerra guatemalteca, presenta el telón de fondo de la lectura paranoica de los testimonios por parte del narrador (y los lectores de *Insensatez*). Exhibiendo las continuidades entre la guerra y la posguerra, este personaje paranoico nos invita a reflexionar sobre qué significa hacer memoria en “tiempos de paz” donde la violencia continúa.

Obras citadas

- American Psychiatric Association. "Cultural Concepts of Distress". *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders: DSM-5*. Virginia: American Psychiatric Association, 2013. <https://dsm.psychiatryonline.org/doi/10.1176/appi.books.9780890425596.CulturalFormulation>. Accedido 18 ene. 2021.
- Basile, Teresa. "Los saberes de Ismene: violencia, melancolía y cinismo en *Insensatez* de Horacio Castellanos Moya". *Ironía y violencia en la literatura latinoamericana contemporánea*. Eds. Brigitte Adriaensen y Carlos van Tongeren, Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2018. 311-28.
- Bernaerts, Lars. *De retoriek van waanzin. Taalhandelingen, onbetrouwbaarheid, delirium en de waanzinnige ik-verteller*. Antwerpen: Garant, 2011.
- Buiza, Nanci. "Trauma and the Poetics of Affect in Horacio Castellanos Moya's *Insensatez*". *Revista de Estudios Hispánicos* 47.1 (2013): 151-72.
- Castellanos Moya, Horacio. *Insensatez*. Buenos Aires: Tusquets, [2004] 2008.
- Comisión para el Esclarecimiento Histórico (Guatemala). *Conclusiones y recomendaciones. Guatemala memoria del silencio*. Ciudad de Guatemala: F&G Editores, 2004.
- Craps, Stef, et al. "Decolonizing Trauma Studies Round-Table Discussion". *Humanities* 4.4 (2015): 905-23.
- Da Silva Catela, Ludmila. "Memorias rebeldes. Etnografía sobre el lugar de la locura durante el terrorismo de estado en Argentina". *Alter/nativas* 8 (2018): 1-18. <https://alternativas.osu.edu/es/issues/spring-8-2018/essays5/silvacatela.html>. Accedido 18 feb. 2021.
- Dobles, Ignacio. *Memorias del dolor. Consideraciones acerca de las Comisiones de la Verdad en América Latina*. San José, Costa Rica: Arlekin, 2009.
- Goleman, Daniel. "A Bias Puts Self at Center of Everything". *New York Times*. 12 junio 1984. <https://www.nytimes.com/1984/06/12/science/a-bias-puts-self-at-center-of-everything.html#:~:text=People%20experience%20life%20through%20a,finally%20recall%20it%20from%20memory>. Accedido 18 feb. 2021.
- Green, Linda. "Living in a State of Fear". *Fieldwork Under Fire: Contemporary Studies of Violence and Survival*. Eds. Carolyn Nordstrom y Antonius Robben. Berkeley: U of California P, 1995. 105-27.
- Grinberg Pla, Valeria. "Memoria, trauma y escritura en la posguerra centroamericana. Una lectura de *Insensatez* de Horacio Castellanos Moya". *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 15 (2007). <http://istmo.denison.edu/n15/proyectos/grinberg.html>. Accedido 18 feb. 2021.
- Hatala, Andrew, et al. "Narrative Structures of Maya Mental Disorders". *Culture, Medicine, and Psychiatry* 39.3 (2015): 449-86.
- Kokotovic, Misha. "Testimonio Once Removed. Castellanos Moya's *Insensatez*". *Revista de Estudios Hispánicos* 43.3 (2009): 545-63.
- LaCapra, Dominick. *History in Transit. Experience, Identity, Critical Theory*. Ithaca: Cornell UP, 2004.
- . *Writing History, Writing Trauma*. Johns Hopkins UP, 2014.
- Martín Beristain, Carlos. "Reconciliación luego de conflictos violentos. Un marco teórico". *Verdad, justicia y reparación. Desafíos para la democracia y la convivencia social*. Eds. Gilda Pacheco Oreamuno, Lorena Acevedo Narea y Guido Galli. San José (Costa Rica): Instituto Interamericano de Derechos Humanos, 2005. 15-52.

- Martín-Baró, Ignacio. "Guerra y salud mental". *Psicología social de la guerra: trauma y terapia*. Ed. Ignacio Martín-Baró. San Salvador: UCA Editores, 1990. 24-36.
- Mignolo, Walter. "Who Speaks for the 'Human' in Human Rights?" *Hispanic Issues On Line* 5.1 (2009): 7-24.
- Mildt, Dick de. *In the Name of the People. Perpetrators of Genocide in the Reflection of Their Post-War Prosecution in West Germany: The "Euthanasia" and "Aktion Reinhard" Trial Cases*. Den Haag: Nijhoff, 1996.
- Piglia, Ricardo. *Blanco nocturno*. Barcelona: Anagrama, 2010.
- . "La ficción paranoica". *Clarín* 10 oct. 1991.
- Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala. *Guatemala: nunca más*. Ciudad de Guatemala: ODHAG, 1998.
- Quintilianus, Marcus Fabius. *The Institutio Oratoria of Quintilian*. Trad. Harold Edgeworth Butler. Cambridge: Harvard UP, 1953.
- Rey Rosa, Rodrigo. *Ningún lugar sagrado*. Barcelona: Seix Barral, 1998.
- Rothberg, Michael. *The Implicated Subject. Beyond Victims and Perpetrators*. Stanford: Stanford UP, 2019.
- . "Teoría del trauma, sujetos implicados y la cuestión Israel-Palestina". Trad. Soledad Griffin. *Puentes* 30 (2015): 46-49.
- Sánchez Prado, Ignacio. "La ficción y el momento de peligro: *Insensatez* de Horacio Castellanos Moya". *Cuaderno Internacional de Estudios Humanísticos y de Literatura* 14 (2010): 79-86.
- Venkatesh, Vinodh. "'Yo no estoy completo de la mente'. Ethics and Madness in Horacio Castellanos Moya's *Insensatez*". *Symposium: A Quarterly Journal in Modern Literatures* 67.4 (2013): 219-30.
- Waller, James. *Becoming Evil. How Ordinary People Commit Genocide and Mass Killing*. Oxford: Oxford UP, 2007.
- Watters, Ethan. *Crazy Like Us. The Globalization of the American Psyche*. New York: Free Press, 2011.

Copyright of Chasqui (01458973) is the property of Chasqui and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.